

Fantasia de Año Nuevo

Las tres regresamos cubiertas de nieve, la pequeña bull terrier, una pastor belga y yo...

Hay nieve entre los pliegues de nuestras pieles, tengo las hombreras blancas, un azúcar glaseado se deshace en el hueco del hocico achatado de Poucette y la pastor belga reluce toda ella, desde su hocico puntiagudo hasta su cola agarrotada.

Habíamos salido para contemplar la nieve, la verdadera nieve y el verdadero frío, rarezas parisinas, ocasionales, muy poco frecuentes a final de año... Por nuestro barrio, completamente vacío, corrimos como tres locas, desde la avenue des Ternes hasta el boulevard Malesherbes, y las instalaciones hospitalarias y la criticada fortaleza que vimos fueron testigo de nuestra felicidad jadeante de perros en libertad. Desde lo alto del terraplén, nos asomamos sobre el abismo que colma el crepúsculo violáceo azotado por blancos torbellinos; contemplamos Levallois, sumido en una oscuridad salpicada por luces rosadas, detrás de un manto tejido por miles y miles de moscas blancas, vivas, frías como las flores deshojadas, deshaciéndose sobre los labios, sobre los ojos, atrapadas por un momento entre las pestañas, sobre el vello de las mejillas. Nos sacudimos de nuestras diez patas una nieve intacta, friable, que se deslizó hasta nuestros pies con un chirrido tan suave como el tafetán. Lejos de cualquier mirada, galopamos, ladramos, atrapamos al vuelo la nieve con la boca,

saboreando así su suavidad de sorbete avainillado y polvoriento...

Sentadas frente a la parrilla ardiente de la chimenea, las tres dejamos de hablar. El recuerdo de la noche, la nieve y el viento agitado tras la puerta se funde lentamente en nuestras venas y comenzamos a deslizarnos en ese repentino sueño, recompensa de las largas caminatas...

La pastor belga, que exhala vapor como un pediluvio caliente, ha reencontrado su dignidad de loba domesticada, su falsa seriedad y su cortesía. Por una oreja, escucha el susurro de la nieve sobre las contraventanas cerradas, mientras, por la otra, espía el tintineo de las cucharas en la antecocina. Su afilada nariz palpita, mientras, con la mirada fija en el fuego, sus ojos de cuero se mueven incesantemente de derecha a izquierda y de izquierda a derecha como si estuviera leyendo...

Con actitud algo desafiante, estudio a la recién llegada, a esta perra complicada, buena guardiana, que raramente ríe, se comporta como una persona sensata y, sin queja alguna, recibe las órdenes y las reprimendas con una mirada impenetrable llena de segundas intenciones... Sabe mentir y robar, sin embargo, grita y se sorprende como una joven atemorizada a punto de enfermar de tanta emoción. ¿De dónde le vendrá a esta pequeña loba de bajas caderas, esta hija de los campos valones, su odio por la gente mal vestida y su aristocrático recelo? Le ofrezco un lugar en mi hogar y en mi vida y a lo mejor, ella que ya sabe cómo defenderme, llegue a amarme...

Mi pequeña bull terrier de corazón infantil duerme, vencida por el sueño, con pupas en el hocico y en

las patas. La gata gris no ignora que nieva y, después de desayunar, ya no he vuelto a ver la punta de su nariz, escondida entre el pelo de su vientre. Y aquí estoy, una vez más, como al inicio del año pasado, sentada frente al fuego, en soledad, sola conmigo misma...

Un año más... ¿de qué sirve contarlos? Este día del año parisino no me recuerda nada los primeros días de enero de mi juventud, pero ¿quién podría devolverme la solemnidad pueril de aquellos días de Año Nuevo de entonces? Los años han ido cambiando, y yo con ellos. El año ya no es ese camino sinuoso, esa cinta desenrollada que, después de enero, se dirige hacia la primavera, asciende y asciende hasta llegar al verano para desenrollarse completamente en una tranquila llanura, en un prado abrasador atravesado por sombras azules, manchado por deslumbrantes geranios; posteriormente, desciende hacia un otoño maloliente y nublado que hiede a pantano, a fruta madura y a caza y, finalmente, se adentra en un invierno seco, sonoro, reluciente en los estanques helados y en la nieve rosácea bajo el cielo... Al final, la cinta sinuosa se precipita vertiginosamente hasta romperse de manera definitiva ante una maravillosa y aislada fecha, suspendida como una flor de escarcha entre dos años: el día de Año Nuevo.

Esta noche, asomándome a mi pasado, vuelvo a ver, junto a unos padres nada ricos, a una niña muy amada que vive en el campo entre árboles y libros y que no ha conocido ni ha deseado juguetes caros. Veo a una niña supersticiosamente apegada a las fiestas del año, a aquellas fechas señaladas con un regalo, una flor o el tradicional pastel... Una niña que ennoblecía de

paganismo las fiestas cristianas, enamorada únicamente del ramo de muérdago, del huevo rojo de Pascua, de las rosas deshojadas del día del Corpus y de los altares –lilas, acónitos, camomila–, del retoño de avellano coronado con una pequeña cruz, bendecido en la misa de la Ascensión y colocado en los linderos del campo, que él protege del granizo... Una niña enamorada del pastel con forma de estrella, que se cocina y se come el Domingo de Ramos; de la crêpe de carnaval y del asfixiante olor de la iglesia del mes de María...

Anciano sacerdote sin malicia que me dio la comunión, ¿pensaba usted que esta silenciosa niña, con la mirada atenta al altar, esperaba el milagro, el imperceptible movimiento del mantón azul que envuelve la Virgen? Es así, ¿verdad? ¡Era tan buena! Es verdad que yo soñaba con los milagros, pero... no los mismos que usted. Adormecida por el incienso de flores calientes, embriagada por el perfume mortuorio y la podredumbre de las rosas de almizcle, habitaba, querido hombre sin malicia, un paraíso que usted no podría llegar a imaginar, un paraíso poblado por mis dioses, mis animales parlantes, mis ninfas y mis sátiros... Le oía hablar de su infierno, pensando en la vanidad del hombre que, por los crímenes de un momento, creó la llama eterna... ¡Ah! ¡Cuánto tiempo ha transcurrido!

Mi soledad, esta nieve de diciembre, el umbral de un nuevo año, no me devuelven la emoción de otras veces, cuando, en medio de la larga noche, aguardaba el temblor del tambor municipal, confundido entre los latidos de mi corazón, que despertaba a primera hora del primero de enero al pueblo todavía dormido.

En la helada noche, alrededor de las seis, temía al tambor, desde el interior de mi cama de niña, lo llamaba con una nerviosa angustia al punto del llanto, con las mandíbulas apretadas y un nudo en el estómago... Aquel único tambor, y no las doce campanadas de medianoche, anunciaba para mí la deslumbrante llegada del año nuevo, un acontecimiento misterioso tras el cual todos se quedaban sin aliento, suspendidos en el primer redoble del viejo tamborilero de mi pueblo...

Pasaba, invisible, en la oscuridad de la mañana, dirigiendo a las paredes su pequeña alborada de tonos ágiles y fúnebres, y tras él una vida recomenzaba, una vida nueva que se abalanzaba sobre los doce nuevos meses... Liberada, saltaba de mi cama con un gran impulso hacia delante y corría hacia los deseos, los besos, los bombones y los libros de cortes dorados... Abría la puerta a los panaderos que traían cien libras de pan y, muy seria, imbuida del valor comercial del momento, hasta el mediodía entregaba a los pobres, a los de verdad y a los falsos, los canteros de pan y el diezmo, que ellos recibían sin humildad ni gratitud...

Mañanas de invierno, luz roja en la noche, aire inmóvil y seco antes de amanecer, el jardín que se intuye en la oscuridad del alba, empequeñecido y ocultado por la nieve, abetos sobrecargados que, por vuestros brazos negros, deslizabais, hora tras hora, vuestra carga, aleteo de los pájaros asustados y sus juegos inquietos entre un polvo cristalino más tenue y más brillante que la neblina iridiscente de un chorro de agua... ¡Oh, inviernos de mi infancia, un día de invierno os ha devuelto a mí! En este espejo ovalado sostenido por una mano distraída, busco mi rostro de entonces, no

mi rostro de mujer, de joven mujer cuya juventud pronto la abandonará...

Todavía absorta en mi sueño, me sorprendo al ver cómo he cambiado y cómo he envejecido mientras soñaba... Con una pincelada emocionada podría pintar sobre este rostro aquél de una joven enrojecida por el sol o sonrosada por el frío, de mejillas elásticas que terminan en un afilado mentón, cejas inquietas prestas a fruncirse y una boca cuyas astutas comisuras contradicen el corto labio ingenuo... Desgraciadamente, es tan sólo un instante. El terciopelo adorable de la reanimada pintura al pastel se hace pedazos y se volatiliza... El agua oscura del pequeño espejo sólo retiene mi imagen que, marcada por ligeros arañazos finamente grabados sobre los párpados, en las comisuras de los labios y entre las obstinadas cejas, es igual, exactamente igual, a mí... Es una imagen que ni sonríe ni se entristece, que murmura sólo para mí: «Es necesario envejecer. No llores, no juntes las manos suplicando ni tampoco te indignes: es necesario envejecer. Repite estas palabras, no como un grito de desesperación, sino como un amado refrán que tú te cantas a ti misma como recuerdo de un necesario partir... Mírate, mira tus párpados, tus labios, aparta de tu sien los rizos de tu cabello: ya comienzas a alejarte de tu juventud; te alejarás de tu vida, no lo olvides, ¡es necesario envejecer!

»Lentamente, aléjate, lentamente, sin lágrimas; ¡no olvides nada! Llévate contigo tu salud, tu alegría, tu coquetería, la poca bondad y la poca justicia que hizo la vida menos amarga; ¡no lo olvides! Ve engalanada, ve tranquila y no te detengas a lo largo de la irresistible

ruta, sería en vano, porque ¡hay que envejecer! Sigue el camino y acuéstate sólo para morir. Si no has ido perdiendo poco a poco tus rizos, tus dientes, ni tus extremidades baqueteadas; si, antes de la última hora, el polvo eterno no ha cerrado tus ojos a la maravillosa luz –si, hasta el final, no has soltado la mano amiga que te guía–, cuando te tumbes en medio del vertiginoso camino sinuoso, acuéstate sonriente, duerme feliz, duerme sintiéndote privilegiada».